

Los sucesos de diciembre Alicante por la República

Alicante y su provincia respondieron unánimemente al movimiento de diciembre.

Las órdenes de huelga general circularon con toda rapidez y con matemática precisión. No se registró ni un solo desfallecimiento.

Quien conozca la provincia de Alicante y sepa el carácter agrícola, industrial y fabril de sus pueblos; y no ignore que existen en los mismos, imponentes organizaciones obreras y fuertes núcleos republicanos, no puede extrañarse ante el espectáculo que ofreció la región toda en aquellos memorables días de diciembre. Lo que pasó entonces era lógico y natural que ocurriera. Es lo que sucederá cuantas veces se circule orden de movilización general.

Todo en la provincia se despió ordenadamente. Los incidentes dolorosos que se produjeron fueron la consecuencia de provocaciones absurdas. Cada pueblo tenía sus instrucciones. Y a ellas se atuvieron, dando en todo momento sensación de fuerza y disciplina.

Durante unos días, la provincia ha estado en manos de las juntas revolucionarias. Ellas y sus delegados han asegurado el orden y la normalidad. No se ha interrumpido la vida de los pueblos. Las funciones vitales de los mismos no se paralizaron. Donde hubo necesidad, se extendieron salvos conductos. En algunos sitios, adelantándose a los acontecimientos, proclamaron la República. Y, como veremos en el momento oportuno, pasados los sucesos, han tenido que reconocer pública y oficialmente que quienes en nombre de la Junta revolucionaria, asumieron el gobierno de la ciudad procedieron con toda corrección. En Novelda se les ha dado públicamente las gracias.

Veamos lo ocurrido en algunos pueblos. Hemos elegido los más típicos y característicos. Así se verá claramente la actuación de los revolucionarios, de las autoridades, de la fuerza armada y de los caciques. Que cada uno de estos elementos ha contraído sus responsabilidades, de las que habrán de responder cuando llegue el momento de liquidarlas.

EN SAN JUAN DE ALICANTE

El pueblo de San Juan, está a las puertas de Alicante. A ocho kilómetros. Los hombres trabajan el campo. Las mujeres van a la fábrica de tabacos de Alicante. En San Juan existen muchas villas y chalets. Son propiedad de las familias pudientes de Alicante. Todo ello imprime al pueblo una fisonomía especial.

El lunes 15 se agrupan los vecinos de San Juan en las calles del pueblo. Comentaban los sucesos de Jaca y se hablaba del manifiesto revolucionario que circulaba por Alicante. Las conversaciones adquirían el calor de la discusión. Hay paro completo en San Juan. Paro completo y pacífico. Esperan órdenes.

Así transcurre el lunes. Los caciquillos no dan señales de vida. A la mañana siguiente, martes, los tranvías, como todos los días, llevan a las cigarrerías a Alicante. Aquello desalienta a los huelguistas. Poco después vuelven los tranvías abarrotados de trabajadores. El paro en Alicante es general. Comienzan a circular grandes noticias acerca de la actitud de Elche, Creyente, Gata, Donia y tantos pueblos más. Unos dicen que han proclamado la República. Otros, que han interceptado las comunicaciones. Otros que han levantado la línea férrea. Los ánimos se caldean. El entusiasmo aumenta considerablemente. Así termina la jornada del martes. Al día siguiente, miércoles, un grupo que no ha podido ser identificado todavía, con los grandes bidones de brea que hay en la cuneta de la carretera desde que la alquitraron, levantan una barricada para interrumpir la circulación. Esto ocurre en las primeras horas de la mañana. A las ocho llega a dicho sitio el maestro nacional don Ramón Bonafonte. Se oyen voces de ¡A cortar los hilos telefónicos! ¡A romper las lápidas! ¡A tomar el Ayuntamiento! El maestro logra aquietar los ánimos. Calma, serenidad. Nada de cortar los hilos telefónicos. Nada de romper las lápidas, esas lápidas

que en San Juan, como en el resto de España sublevar o indignan, porque testimonian la vanidad de algún delegado gubernativo y el servilismo del Ayuntamiento.

A las diez de la mañana se presenta el alcalde y algunos carabineros con el cabo. Van a restablecer la circulación. Se dirige al maestro para que ordene deshagan aquellas barricadas. El maestro les dice que él allí es un espectador nada más. El alcalde ordena la detención del maestro. La muchedumbre se indigna, grita, vocifera, amenaza. Quiere asaltar el Ayuntamiento. Gracias a la serenidad del maestro y a la serenidad del cabo de carabineros no hubo una tragedia en aquel momento.

Todo parecía ya tranquilo. A las tres de la tarde se presentan en San Juan fuerzas de la Guardia civil al mando de un teniente. Llegan en un camión. Dan toques de atención. Paron en la plaza de España. Unos números, desde el camión, con el fusil a la cara, amenazan disparar si no cierran los portales de las casas. Otros números de la Guardia civil proceden a disolver violentamente los grupos. Nadie se explica aquella visita ni aquella actitud. Indudablemente existía cierto error informativo. Alguien, alarmado, debió requerir el auxilio de las fuerzas pintando con caracteres dramáticos la situación del pueblo. Con razón el teniente que mandaba la fuerza, al ver cómo se producían los vecinos de San Juan, pudo decir—según nos asegura quien lo oyó—que le habían engañado. En San Juan no tenía nada que hacer la Guardia civil.

Pasaron los días de emoción. El 19, viernes, se presentan en San Juan dos agentes y cuatro guardias civiles. Traen el encargo de hacer un registro en casa del maestro y del veterinario don Vicente Baldó. Registran las casas. Se llevan detenidos al maestro y al veterinario. Los conducen a la Inspección de Vigilancia de Alicante. Dos horas después, a la cárcel provincial. Allí permanecen veinticuatro horas. El sábado, a las siete de la tarde, quedan en libertad. El juez militar no encuentra motivo alguno para mantener las detenciones.

Todo parecía liquidado. Mas no era así. El martes 23, a las once de la mañana, cuando el maestro salía de la casa de un amigo, se encuentra con tres guardias civiles y un cabo.

—¿Es usted don Ramón Bonafonte?—pregunta el cabo.

—Servidor—dice el maestro.

—Queda usted detenido—añade el cabo.

—A su disposición—contesta serenamente el maestro.

Van caminando. A los veinte pasos, el jefe del pelotón ordena: ¡Preparen armas! Los guardias rodean al maestro. Lo registran espectacularmente.

—Señores—se permite decir el maestro—, que no tengo armas, ni ofrezco resistencia.

—¡Los grilletes!—exclama furioso el cabo.

Manitan al maestro. Con gran estolismo resiste esta prueba a que se le somete ante la mirada de no pocos curiosos. Muy cerca del sitio donde se produce este espectáculo bochornoso vive el maestro. Una de sus hijas, niña de doce años, al ver a su padre en aquella situación, llora y corre a besarlo. Un guardia se interpone. Amenaza. Hace ademán con la culata... Ha sido el momento de mayor peligro. La serenidad del maestro y de cuantos presenciaron la escena estuvo a punto de perderse. No podían contener la indignación.

El maestro fué a la cárcel, fué igualmente el veterinario. Lo detuvieron cuando regresaba de prestar sus servicios de Muchamiel. Cinco días después quedaron en libertad. Todavía no saben por qué entraron en la cárcel y por qué salieron de ella. Es decir, saber si saben. Saben que fueron detenidos en virtud de denuncias falsas. De la misma forma que atrajeron sobre San Juan fuerzas de la Guardia civil. Pequeñas venganzas de caciquillos aldeanos. Pequeñas venganzas que pudieron engendrar grandes tragedias.

EN ASPE

En Aspe, como en todo el resto de

la provincia, se obedeció la orden de huelga. El lunes por la mañana quedó paralizada la vida de la ciudad. El Comité de huelga había decidido que durante los días de paro pudiese abastecerse el vecindario de los artículos de primera necesidad. Al efecto, se dispuso que todos los establecimientos de venta de comestibles, así como la plaza de abastos, funcionaran hasta las once de la mañana.

Los huelguistas, congregados en la plaza de Sagasta, por donde pasa la carretera de Novelda a Elche, comentaban los sucesos políticos que se desarrollaban en toda España. No dejaban circular más vehículos que los del servicio médico y los del correo. Así transcurrió el día 15.

El día 16, a las diez de la mañana, hizo acto de presencia en el grupo de huelguistas el sargento y dos parejas de la Guardia civil. Ya se había publicado el bando declarando el estado de guerra.

Las personas que estaban al frente del movimiento vistaron al alcalde para que ordenase se retirara la fuerza. Ellos se comprometían a que no se alterara el orden en Aspe. El alcalde rogó a la Guardia civil que se retirara. Así ocurrió. La Guardia civil volvió al cuartel.

Ese mismo día, el juez municipal rogó al presidente de la Alianza Republicana que le extendiera un volante para que ni en Novelda ni en ninguna otra parte se le pusiese ningún impedimento para poder llegar en automóvil a las cercanías de Albacete, donde debía recoger un camión de su propiedad que dejó allí días antes. El presidente, don Julio Calpena, le dió el volante solicitado en el que campeaba el sello de la Alianza. El viaje pudo hacerse con toda normalidad.

Así fueron transcurriendo los días. Los republicanos y socialistas eran los dueños de la situación. Sin embargo, como no tenían instrucciones para otras cosas, se limitaron a holgar y asegurar todos los servicios vitales para la buena marcha de Aspe.

Así entramos en la fatídica ma-

ñana del 18. Aquel día, como todos los anteriores, se congregaban los huelguistas en la plaza de Sagasta. Un coche intentó atravesar la ciudad. Marchaba a gran velocidad. La gente gritó para que parara. Como no lo hiciera, unos cuantos mozalbetes le arrojaron unas piedras. El coche se detuvo. Los obreros le obligaron a que volviese al punto de origen. Los obreros amonestaron a los muchachos. Renació nuevamente la calma.

Poco después se vio aparecer por la carretera un automóvil de viajeros de los de la línea de Novelda a Alicante. Venía a gran velocidad. Los chiquillos, como antes, comenzaron a arrojar piedras. Del grupo salían grandes voces. El coche llevaba las cortinillas echadas. Lo conducía un guardia civil. Paró el coche. Inmediatamente, desde el interior del mismo, se abrió fuego. La muchedumbre no se explicaba aquella agresión. Pasó rápidamente del estupor al pavor. Y huyó la gente en busca de refugio.

Ese momento de pánico fué aprovechado por los guardias para bajar del auto. Y al mando del teniente don Ramón Martínez García, cruzaron el pueblo por su vía central, disparando sin cesar a derecha e izquierda y en las bocacalles, hasta salir al otro extremo de la ciudad.

Muchos de los vecinos que no pudieron hallar refugio en las casas porque ya habían cerrado las puertas, se arrojaron al suelo para hacer menos blanco. La Guardia civil que, desplegada, avanzaba carretera adelante, conquistando la ciudad, quizá tomase aquellas medidas de precaución por aciertos de puntería y cada bulto en el suelo les pareciera un muerto. Lo cierto es que no pararon hasta llegar a un altozano que hay en las afueras de Aspe, junto al cementerio, donde se retiraron en espera de que llegara en su auxilio un auto de Elche, en el que marcharon a la ciudad de las palmas. El autobús que los trajo a Aspe fué incendiado por la muchedumbre. No tuvieron otro medio de reaccionar contra la presencia de la Guardia civil en aquel pueblo que tan

Sería imposible en un programa, y desviaría la atención de lo esencial, pretender incluir al detalle todo lo que constituye el ideario de un Gobierno que tiene acreditada su actividad mental, cualquiera que sea el juicio que merezca el acierto de ella. Consignados quedan tres principios fundamentales que han de inspirar y dar carácter definido a la labor en proyecto, que tendrá que abarcar a cuánto hemos dejado de hacer por falta material de tiempo, por exigencias y apremios de los asuntos inaplazables que diariamente ofrece la vida del país desde el orden público y los concierto comerciales, a los asuntos más complejos de la vida internacional.

Es, acaso, de cuanto nos está encomendado, lo que menos hemos podido atender, lo que concierne a la organización militar del país. La actividad de la guerra de Marruecos hacia poco compatibles las atenciones devoradoras de aquel Ejército con una organización peninsular los de tropa, ocasión y medio de preparación teórica y de enseñanzas prácticas, manteniendo movilizadas, a modo de unidades-escuelas dotadas del mejor material, las indispensables a tal fin.

Aspiramos a la organización de un Ejército de tipo muy genuino español, con unidad de doctrina, de sólida disciplina y muy fraternal compañerismo y de gran espíritu militar y ciudadano. La colaboración ya iniciada de personal militar en la vida civil será ampliada, pues en esta época de reconstitución y resurgimiento, el país no puede desperdiciar el tesoro de cultura, honor y laboriosidad que representan tantos hombres educados en austeros principios de trabajo y patriotismo. En los ejércitos del porvenir, aun en los más profesionales, en los largos períodos de paz, que han de ser el justo ideal de los pueblos, los cuadros serán colaboradores en la vida civil de las naciones.

Esto es cuanto puedo y creo deber decir a los españoles de ambos sexos y de todas las ideas, profesiones y actividades, a los tres años de haber reclamado, con el apoyo del Ejército y la Marina, bien pronto fortalecido por el del pueblo, el Gobierno de mi país. No me remuerde la conciencia de haber perdido para su servicio un solo minuto utilizable; no me amarga la visión de haberlo humillado o comprendido para con el extranjero ni la de haber agravado ninguno de los males que padecía. Para mí, estos tres años son un honor que me redimí ante mi propia conciencia de flaquezas y pecados de una vida, en ocasiones, ociosa, en un ambiente de vicio, del que también he hecho lo posible por purificar a España. No hablo de honradez, porque ella es elemental deber que muchos cumplieron antes y han cumplido a la par que yo. He predicado con el ejemplo el destierro de la influencia, no admitiendo ni haciendo recomendaciones, lo que ha enfriado a muchas amistades.

En todos los momentos solemnes de mi vida he puesto mi fe en Dios, y como tengo por tal éste en que me dirijo de nuevo al país, dándole cuenta de tres años de su gobernación, en él vuelvo a poner